

# PERPETUA GUERRA

EN MEMORIA de Celestino Mesa Pérez

**E**l sueño nos despierta la realidad durmiente. Van en procesión en el sobresalto de los miedos. Todos tratan de huir del correspondiente turno en el recorrido, portando en el hombro el peso que puede ser uno mismo. En ese forcejeo de escapar cae rodando por la pendiente empedrada la caja de color hueso. Ahora parecen preocupados, corren detrás, vuelven a formar la fila y el inquieto se apodera dejando paso a la quietud de los ojos abiertos al despertar. Entonces, quienes nos han señalado escribanos de su memoria, nos reclaman herederos de propagar el mensaje silencioso de muchas vidas necesarias para seguir alimentando los días en este camino del destino común, que ahora vamos de compañía.

-Era el último entre mis compañeros-. Por las rejas de la entrada del Palacio de Justicia veía el mar, afuera, preso en el horizonte. En solemne grito pronunciaron mi nombre llamándome a la sala. Un olor rancio trasponía mis sentidos. Oía un bullido incomprensible. Me dijeron que eligiera a un abogado; daba igual uno que otro. Pedían de perpetua a muerte a todos. Miré hacia el Tribunal, estaba de pie y los soldados con sus fusiles empuntados, vi el piquete delante, oía todo aquello. Mi abogado dijo que me habían denunciado por haber estado en el Puerto y a cincuenta kilómetros, en mi pueblo, colocando explosivos. Este señor no puede estar a la misma hora en dos sitios. Pensaba que me iban a fusilar, veía el Tribunal apuntándome. Buscaba la forma que me dieran al primer tiro y no presentar cobardía. Vi el piquete delante. Al final van a deliberar, oía un murmullo, daban la sentencia, me condenaban a veinte años, me caí con la llegada de una ráfaga al pecho, ellos se rieron, me quedé mirando desde el suelo como si me hubieran fusilado.

Cerca del Puerto, el barco lanzó un disparo contra la capital; casi se hundió de lo viejo que estaba. Pensábamos colocar dinamita en el muelle y, cuando llegara, volarlo. No pudo ser. Huimos hacia el monte. Que la cosa era de días, nos decían. Cansado de pasar fatigas, volví. Me ocultó en un pajar de tejas que tenía mi familia cerca de la cumbre. Una noche que estaba dormido, oigo un estampido y veo una cantidad de hom-

bres de uniforme que venían con mi tío, obligado a decir dónde estaba. Tenía una pistola que había traído de Cuba, que cuando disparaba a veces salía la bala y otras no, la había escondido en un muro de piedras. Cuando llegaron les apunté así, con la mano en forma de pistola; me enfocaron con una linterna. Lo primero que oí, ¿dónde tienes el arma? ¡Ya la ve!, le señalé a mi mano. Toda la noche caminando, doce conmigo, hasta el cuartelillo, que habían instalado alejado de la ciudad. Al otro día, temprano, llega un uniformado a preguntarme: ¿Es usted Evaristo Montañés? Sí, soy. A ver, ¿dónde está la pistola, dos cartuchos de dinamita y una tira de balas? No sé. Me empezaron a ablandar: golpes van y vienen con un chucho de buey. Me habían quitado la camisa y me golpeaban la espalda. Nunca me tumbaron porque había sido boxeador aficionado y sabía cómo colocar las piernas. Ya me tienes cansado, dijo el verdugo. Pues deja de pegarme. Cogió, sacando fuerzas, me pegó con todas sus ganas, que los ojos casi se me saltan de la cara, pero no caí. Al rato vino el Jefe. Me dice: Tienes que pasarte a los nuestros; te pagamos y buscas a los alzados. De ninguna manera. Y si ganan los míos, ¿qué pasa después? Me quedo como estoy. Me mandó, escoltado por dos jovencitos, en la misma guagua que iba a la capital llena de gente; las señoritas de ellos iban allí. Entonces me quitó la camisa y les enseñé mi espalda: Miren el mapa de España que me han hecho con el chucho de buey. Nadie abrió la boca. Al llegar me metieron en la cárcel.

-A paso lento, con el sonido de algún tacón en el empedrado, se sucedían conversaciones aisladas de los acompañantes-. Fíjese usted, Evaristo Montañés sacó dinero de la cartilla, se llevó ropa y huyó al monte. Cuando lo encontramos, nos dijo que lo estaban persiguiendo los uniformados. Después de tantos años, creía que se encontraba en la guerra. Hasta tres veces se marchó. Es cuando lo llevamos a un psiquiatra. Le preguntó: Don Evaristo, ¿en qué año estamos? Le contestó que cuando la guerra; le contó detallado todo lo que había sucedido cuando tuvo que alzarse al monte. Determinó internarlo un tiempo en el manicomio.



Pedían pena de muerte. Cuando leyeron la sentencia, tenía el pelotón enfrente, vi que me estaban fusilando. Lo que me salvó fue que varias personas declararon que me habían visto en pueblos distintos. Un miembro del Tribunal preguntó a qué distancia se encontraba de la capital. Cuando le contestaron, se dio cuenta que era imposible que hubiera estado en la capital. Me condenaron a veinte años porque dijeron que, de haber podido estar, hubiera estado. Escapé y me trasladaron a los salones, al empaquetado de plátanos que usaron como prisión; aquello era, de penados que había tendidos en el suelo, como moscas. Hacíamos carreras de chinchas y el mal olor era tremendo. El consuelo de estar allí nos aliviaba con las noticias que nos llegaban del pueblo. Habían cogido al pobre de Tajulla: le amputaron el pie impedido y se lo colgaron en la puerta de la casa de sus padres. El griterío de las mujeres en aquellas cañadas clamaba al cielo mientras el uniformado Viriato con su capa negra rondaba la zona de los alzados dando órdenes.

-El gentío, a medida que nos acercábamos al destino se agrupaba para ofrecerle el último calor-. Lo metieron al manicomio para que no se escapara de nuevo. Pero, cuando le dieron el alta, volvió a huir al monte. Nos tenía desesperados. Tuvimos que llevarlo al Sur, a casa de un familiar. Allí vivía en una habitación con rejas en la ventana, que daba al mar, porque era capaz de volver a las andadas.

En los salones, lo peor era cuando aparecían de noche con una lista y se llevaban a diez, doce, quince... El Obispo venía también a dar la misa, a rezar, y nos decía: "Unos presos fusilados, otros "libres" y ustedes todavía aquí..." Uno los veía salir por aquel portalón; sabíamos que más nunca los volveríamos a ver. No dejaban siquiera despedirse de ellos, te daban un culatazo si lo intentabas. Dicen que los llevaban al muelle, en un barco a las afueras, los metían en un saco con piedras, lo cerraban con verga y los tiraban al mar. Sacaron a muchos, nosotros llevábamos la cuenta, allí habían unos encargados de eso. No, no sé dónde está esa lista, parece que quedó enterrada en el suelo cuando nos trasladaron a los barcos. La verdad no me explico por qué no me sacaron. Parece que alguien me echó una mano; puede que mi tío que se puso de parte de los sublevados.

En la prisión me acordé de mi padre, que había estado en Cuba cuando la guerra contra España. Él ayudaba a los mambises: les llevaba víveres. Una vez lo cogieron y lo querían fusilar. Pero les dijo que se había pasado sin darse cuenta a la zona de los rebeldes. Mi padre era una persona de conocimiento: de campo, pero mi abuelo lo había metido en el seminario y allí aprendió. Como no le gustaba ser cura, lo dejó, que mi abuelo se llevó tremendo disgusto: lo desheredó. Por eso emigró a Cuba. Allí conoció a mi madre que era de aquí, isleña, y se casó. Así es que nací en Cuba. No sé qué pasó con mi padre, desapareció, no supimos qué vuelta cogió, no volvimos a verlo más. Y mi madre se volvió a su tierra.

-Ni una llantina en el recorrido-. No crea que no sentimos pena de tenerlo allí recogido pero, ¿qué íbamos a hacer? Si no, se marchaba al monte. Había retrocedido, nos decía el psiquiatra, había vuelto a la guerra. Sí, sufría porque, ¿a quién le gusta tener a su padre encerrado en una habitación? Sí, quitando que no tenía libertad, estaba bien atendido.

El día que me pusieron en libertad parecía un extraño. Menos mal que me encontré con un amigo que tenía una barbería y

me orientó. Me dio dinero para dormir en una pensión hasta que volviera al pueblo. Cuando regresé, me di cuenta que allí no se me había perdido nada. Los que salíamos de la cárcel no éramos bien vistos, así que me marché bien lejos. Estuve trabajando unos años en la costa, con unos pescadores, hasta que la cosa se tranquilizó y pude regresar a casa. En los bailes conocí a una mujer y me casé.

Ya en la tierra de mis padres me puse a trabajar, en mi oficio de electricista, ayudando a los que ponían los postes de la luz, como ayudante. Me gustaba ese trabajo porque siempre estaba en pueblos distintos. Iba a los bailes: ejercía cierta atracción en las mujeres. Boxeaba, recuerdo una pelea que tuve con el famoso Hacha; yo era liviano pero muy bailarín, era difícil cazarme con algún golpe. Pasaba la vida feliz.

Y llegó la República. Los trabajadores estaban contentos. Formaron una Federación, que yo tenía el número siete. La gente iba a la por la noche. Aprendí esperanto. Leía: que allí llegaban revistas y libros. Había mucha unión: íbamos de excursión por los pueblos; daban conferencias, se formaron agrupaciones musicales. Los patronos no podían hacer lo que querían, estaban las Bases de Trabajo pero ... llegó la guerra.

Nos acercamos a la llanada de la loma, final del camino. La tarde cae silenciosa sobre las miradas cansinas de los acompañantes. Arriba, entre los brezos, empieza a bajar la neblina. Sabes que Macrina nunca tuvo ningún pesar por los rumbos de la vida. Ahora que veo la neblina bajar, estoy contigo Evaristo en aquel pajar de la cumbre, te veo con ansias mordiendo el higo pasado mojado en gofio. Cuando la noche era dueña de todo, la neblina blanquecina entraba por las rendijas de las cañas del tejado, nuestros cuerpos confundidos luchando contra las sombras encima de la frazada, tú con la mirada atenta a cualquier ruido. Ahora que las distancias nos unen en el mismo horizonte, a pesar de la derrota, el tiempo nos ha dado la razón en que el amor mantiene encendida la llama de nuestra perpetua guerra.

**Juan Manuel Torres Vera** nació en La Guaira (Venezuela), en 1962. De familia procedente de La Gomera, reside en Tenerife. Parte de su obra literaria ha aparecido en colecciones marginales: *Montículos de la alta llanura. Algo de nada* (1981), poemas; *Entre la ira y la vuelta* (1982), poemas y prosa; *Tú y yo* (1983), cuento; *Viene de lejos* (1987); Narrativa Canaria Última. Tomo III, cuento. En 1991 aparece en Nuevas Escrituras, su colección de relatos, *Nunca fui a Garatusa*. Participa en el II Encuentro de Narrativa Canaria. Narradores hacia el fin de siglo (Ateneo de La Laguna), publicado en 1996, con el ensayo: *Debelación de una conciencia creativa independiente*; y en la Semana de Literatura Canaria, 1998, de la Universidad de La Laguna, con el estudio: *Pedro García Cabrera: palabra y compromiso*.

Dentro de la investigación histórica ha publicado como co-autor: Vallehermoso. *El fogueo* (1986) y *El 18 de Julio en La Gomera* (1996).